

¿DE QUE IGLESIA HABLAMOS?

"...¿por qué se invitan a Obispos a abrir el Seminario si no comparten la línea... por qué?"

Laura, de Córdoba, en la Reunión General de Evaluación 5/3/93.-

"Divisiones profundas, pero que se presentan como internas... a la misma Iglesia católica... Es esto otro aspecto característico de la presente situación eclesial. La radicalidad de las divergencias convive con la reivindicación por parte de unos y de otros de una plena pertenencia a la Iglesia..."

Giulio Girardi, "La túnica rasgada", 1991

Son muchas las consideraciones que podríamos que podríamos hacer de este último Seminario. Las experiencias grupales y personales son siempre abrumadoras al momento de intentar una reflexión serena de lo vivido. Voy a detenerme simplemente en una cuestión: el tema de las "dos iglesias". Fue un contenido aparecido vivamente en los ámbitos de trabajo, retomado en las síntesis y planteado también en las devoluciones de la coordinación y animación del Seminario. También, como era de esperarse, estuvo presente en la celebración eucarística final.

Nos preguntábamos por qué surge este tema que pareciera tan "doméstico", tan como una preocupación "intimista", tan "intra-eclesial" y, por otro lado planteado absolutamente como interna católica.

Considero que el tema aparece con nitidez, claridad, explicitado conflictualmente y como preocupante, por dos razones fundamentales que no son, obviamente, las únicas ni susceptibles de unívocas interpretaciones:

- porque el pueblo sabe que la Iglesia tiene "peso" político y social,

- porque la operatividad de los Seminarios ha permitido que la diferencia, la tensión y la contradicción se dieran en su seno mismo.

El peso político de la Iglesia

En estos nuevos tiempos donde "lo religioso" está permanentemente presente y como tomando una importancia particular (basta ver el espacio que ocupan las problemáticas religiosas en los MCS.), donde el recurso de la fe, una religión, o, un código ético es visto como lugar de contención, de identidad y de esperanza, en síntesis, de sentido, y, por otro lado, el peso de los "ajustes" son demoleedores, abrumadores y desesperantes, el pueblo católico sabe, intuye y experimenta el poder que tiene la Iglesia para revertir o justificar, para denunciar o legitimar lo que vivimos social y políticamente. Recordemos que hace muy poco una encuesta dio como resultado que la única institución que todavía gozaba de cierto prestigio era la Iglesia, esto es un indicador muy importante de lo que decimos. Concretamente, ¿quién podría oponerse con fuerza, con cantidad, con argumentos, con proyectos y con posibilidades al gobierno menemista y a sus políticas? ¿Acaso las fuerzas armadas, la CGT, la izquierda...? Hoy por hoy, solamente la Iglesia. Y, es frente a esto, que el pueblo descubre "dos" iglesias. Una vecina de una comunidad lo decía en otra forma y con total soltura y serenidad, "hay curas que son para los ricos y curas que son para los pobres". Es la sabiduría popular la que vivencia que algunos sectores, gestos y expresiones eclesiales están de su lado, del lado del poder y que, como contrapeso, otros grupos con sus experiencias del otro lado, del lado del pobre.

Por más que cada vez que finaliza una reunión de la Conferencia Episcopal, algún vocero eclesiástico tiene que decir y recalcar que el episcopado está unido y que las diferencias son de matices, el pueblo sabe concretamente que algunos obispos están de su lado y otros, del otro lado. Frente al renombrado "programa social" del gobierno, por poner un ejemplo cercano, este ha sido evidente.

La caracterización de "dos" no tiene pretensiones de definición dogmática, formal, teórica, es simplemente una constatación hecha desde la práctica, desde la experiencia: son gestos, lenguajes, decisiones, celebraciones, etc. no sólo distintos en intensidad o en grados sino esencialmente diferentes y, muchas veces, irreconciliables. Por eso la insistencia en hablar de "dos" aunque se consideren miembros con pleno derecho de una misma Iglesia. No se discute la unidad institucional, la unidad expresada en la voluntad de un único Jesús, desde aquí se asume y se entiende perfectamente que



Por el Pbro. Nicolás Alessio

La identidad teológica pastoral de los Seminarios

todos somos referencialmente católicos, apostólicos y romanos. Cuando se dice "dos" se está explicitando la contradicción en el seno mismo de una única Iglesia, y, si se dice "dos iglesias" es porque la diferencia es tal que afecta no los pormenores sino las raíces mismas de la institución.

Queda expresada así una contradicción y un conflicto grave. Tan grave como que en estas diferencias algunos jugaron sus vidas y otros fueron cómplices de los que asesinaban: ¿cómo hablar de unidad entre un Enrique Angelelli asesinado y un Nuncio Apostólico festejando el cumpleaños papal con sus responsables ideológicos?

El pueblo se considera tan Iglesia y a la Iglesia la considera tan suya que añora la "conversión" del otro sector y, se lamenta profundamente que, en la balanza del poder, la iglesia cómplice se incline hacia los enemigos.

¿Tiene límites temporales la contradicción? Durará, ¿hasta cuándo? No se puede hacer futurismo, pero la parábola de la cizaña y el trigo señalan algunas pistas... Estas primeras reflexiones tienen obviamente sus matices, no todo es lineal y perimetrado, cómo si se pudiera señalar inequívocamente dónde están los malos absolutos y los buenos absolutos, incluso, la contradicción grave de la que hablamos, muchas veces se da en uno mismo, sin embargo, esto no puede disimular la brecha, no debe "negociar" el conflicto, por el contrario, debe invitarnos a asumirlo, a reconocerlo, porque lo que no se asume revienta y revienta mal.

La pregunta que queda pendiente y que nos da pie para la segunda consideración es más o menos la siguiente: los seminarios de teología, ¿tienen que ser un espacio para vivir la contradicción (buscando el diálogo, el acercamiento, etc.) como de hecho se vive en nuestras diócesis o, por el contrario, tienen que ser un espacio definido desde el cual se avanza en profundidad?

Creemos que esta cuestión, que nos plantea la identidad futura de los Seminarios, identidad que se concretiza en lo metodológico, los objetivos y la mística de los participantes, ha aflorado con muchísima intensidad en el encuentro de Rosario. Es algo que "latía" desde que pasamos de las diócesis definidas teológicamente por una Iglesia distinta (Quilmes, Viedma, Neuquén) a las diócesis que intentábamos incorporar, sumar. La estrategia de la incorporación de otras diócesis, otros obispos y, por lo tanto, otros participantes, nos ha llevado paulatinamente y casi imperceptiblemente a "ceder" para "ganar". Lo que ahora no queda claro es que las ganancias compensen lo cedido o, al menos, hay que plantearse el problema. Esto que era latente se hizo patente. Una imagen visual de lo que decimos es el caminar aparentemente juntos de dos obispos: Piña y López. Digo aparentemente juntos porque López caminaba primero, erguido, con su sotana revelando un modelo eclesial. Piña caminaba atrás, también revelando en su manera de vestir otro modelo eclesial, aunque esto parezca trivial. Esto se hizo más evidente si comparamos ambas y respectivas celebraciones.

En el intento de ir ganando espacios fuimos optando por la cantidad y, al menos en principio, con éxito, sin embargo, ahora se nos plantea: ¿la cantidad no ha ido en desmedro de la "cualidad" dando lugar a tensiones y conflictos estériles? Y no estoy hablando de una cualidad en la línea del "poder-saber", sino en la línea de un "querer-común". En el Seminario de Quilmes, con Gustavo Gutiérrez, era claro quiénes éramos: la Iglesia de los pobres (o los que optaban por ese modo eclesial), que, sintiéndonos Iglesia y sin querer dejar de serlo, estábamos en la otra vereda. Esto era definido, no nos planteábamos el tema de las "dos iglesias", no era una cuestión a debatir o que nos quitara el sueño, era algo obvio, nítido, nosotros aquí, ellos allá. No por casualidad se tuvo que suspender el Seminario que coordinaría Jon Sobrino y en más de una oportunidad fuimos blanco de varios y tendenciosos artículos periodísticos. En Rosario, la presentación de Néstor y Gladys, insistiendo animosamente sobre nuestra identidad ineludible en torno a los pobres, el protagonismo laical y la teología de la liberación no pudo evitar la perplejidad y la sensación de ambigüedad, de distancia, de contrariedad y de conflicto ante la pausada, penetrante y pensada



homilía de Monseñor López en la celebración de apertura. Una religiosa me comentaba en esos momentos: "No lo puedo creer, es un milagro que López esté celebrando con nosotros", y me pareció una observación acertada. Fue el primer día del Seminario, en el transcurso del mismo rectifiqué el comentario: el milagro no es que López haya estado en el encuentro celebrando la apertura, esa fue su política, su táctica o, si se prefiere, su celo

pastoral, el milagro hubiera sido una predicación distinta o, en todo caso, la posibilidad de discutir, con espíritu fraterno, sus contenidos.

¿Cuál es, entonces, el límite de este ir "ampliándonos"? ¿Un Seminario donde nos predicara Monseñor Quarracino? Antes era algo impensable, ¿debe seguir siendo impensable? Aquí se nos plantea la necesidad de una definición o, en todo caso, de un debate.

Creo, personalmente, que los Seminarios deben ser lugares proféticos definidos, aún con el riesgo de ser menos, de enfrentar nuevos conflictos hacia afuera, o de no gozar con la aprobación oficial del conjunto del Episcopado. En estos nuevos tiempos tan confusos, "sin ideologías" (dice mintiendo el poder), donde hay tanta trenza y acomodo, donde hay tanta elasticidad para decir y contra-decir en lo mismo, donde la "onda" es "light" y etc., creo que el Seminario debe marcar la diferencia. El Seminario debe escapar al "sistema" eclesial institucional y desarrollarse como una nueva regla de juego, no prevista ni encasillada. Por otro lado, y de hecho, las parroquias en general, las instituciones, los movimientos, las diócesis, cuyos miembros participan de los seminarios, ya viven, en sus respectivos espacios, un ámbito de avance y retroceso, de pausas y pasos conflictivos en la confrontación con otras "líneas" eclesiales. No se ve la necesidad de trasladar todo esto a los Seminarios, por el contrario, daría la impresión de un desgaste inútil con un poco más de lo mismo. Creo, entonces, que aún teniendo presente que nada es tan categórico y lineal, los Seminarios deben ser (continuar siendo) espacios definidos. Además, sería de alguna manera y sin petulancias, asumir el rol del "resto", de la instancia crítica, el germen de lo permanentemente nuevo.

La diplomacia, las "negociaciones", la búsqueda de coincidencias mínimas, etc., deben quedar reservada a los espacios institucionales formales. Los Seminarios han ido desarrollando una capacidad en el quehacer

teológico de base y un espíritu que se ha resistido siempre a ser institucionalizado, ni siquiera como "movimiento". Además, hay que tener presente la dinámica de una institución tan dogmática y vertical como es la Iglesia, que tiende, por su propio dinamismo, a "fagocitar" lo que lleva en su seno, lo incorpora y lo transforma, reduciendo la riqueza de la diversidad adaptando "lo diverso" a sus propios fines. Un ejemplo notable de esto es la cuestión ecuménica, lo que antes era contenido esencial de una definición ahora es un detalle celebrativo simpático.

Para concluir

Todo lo expuesto no supone un ánimo de ruptura o cismático, se trata solamente de establecer una definición que recupere nítidamente las características originales esenciales que a lo largo del tiempo se han ido desdibujando. Es obvio que así, desde una posición clara, es más fácil el diálogo, más sincero y, por lo tanto, las posibles "negociaciones" con otras posturas no estarán viciadas por un doble lenguaje.

Conviene aclarar que no se pretendería un grupo élite, una "vanguardia" intelectual, como si fueran los que "manejen" el saber teológico liberador, o un Seminario para "especialistas", "sabientes" o "decididores". Se trataría sí, de mantener un espacio ecuménico, popular, laical de aquellos que vamos o queremos ir en un mismo andar.

Un rumbo común nos aglutina, aceptando la pluralidad y la procesualidad en el marco de coincidencias fundantes. De allí que, para poder participar de los Seminarios, no sólo sea necesario un mínimo de práctica (hasta ahora se viene exigiendo por lo menos dos años), sino también una práctica determinada. No toda "práctica" (praxis), por más eclesial que sea, da pie a una reflexión teológica liberadora. Algo así nos decía Arturo Paoli en Misiones cuando señalaba que no bastaba coincidir en la fe en Cristo, que había que coincidir y encontrarnos en el proyecto de Cristo.

Por último, no quiero terminar sin señalar dos elementos importantísimos vivenciados en Rosario que creo, debemos profundizar:

- el método teológico de base; se hizo notable y consciente esfuerzo por "rumiar" y ayudar a sistematizar lo reflexionado por los grupos y,
- el espacio concedido explícitamente a lo sico-social (por ejemplo: abrir el ámbito de sexualidad).

Estos dos elementos, que ahora sería largo de comentar, creo han marcado un avance cualitativo en la mística de los Seminarios. Un avance cuya dirección está en la línea de aquella definición-identidad que buscamos forjar.

José Nicolás Alessio